

LOS TRES OBJETOS ENCANTADOS



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA N° 42

Los tres objetos

encantados

118X162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos de
traducción al español y a la presente traducción
Copyright, 1939, by EDITORIAL MOLINO*

*Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO,
Gorostiaga 1650 - Buenos Aires - (Argentina)
PRINTED IN ARGENTINA*

Los TRES OBJETOS ENCANTADOS



En cierta ocasión, el Rey del País de las Hadas se dirigió a su armario mágico y, con la mayor sorpresa y desagrado, se dió cuenta de que un ladrón lo había visitado durante la noche.

—¡Dios mío! — exclamó el Rey, enojado.—¡Ladrones! ¿Qué se habrán llevado?

Llamó a la Reina y entre los dos pasaron revista a los objetos contenidos en el armario mágico y pudieron observar que faltaban tres de ellos.

—Ha desaparecido mi lámpara mágica—exclamó el Rey, muy disgustado.—La lámpara que ilumina todo el bosque y nuestras danzas cuando no hay luna.

—¿Dónde están mis tijeras mágicas?—preguntó la Reina, dando un gemido de pena.—Ya recordarás que eran capaces de cortar cualquier cosa, aun el hierro, el acero o la piedra.

—¿Y mi hermoso bastón de paseo?—exclamó tristemente el Rey.—Siento mucho que me lo hayan robado, porque diciendo solamente “¡Arriba, bastón! ¡A él!” saltaba para dar una paliza a cualquier tuno que tuviese delante.

—¿Cómo podremos recobrar esos objetos mágicos?— preguntó la Reina.—¿Quién los habrá robado?

Pronto pudieron averiguar quién era el ladrón. Era un geniecillo, llamado Grilón, individuo muy astuto, que, desde mucho tiempo atrás, deseaba apoderarse de aquellos objetos.

—Es tan listo, que, según me temo, no volveremos a ver esos objetos mágicos—dijo la Reina, dando un suspiro.—Si mandamos contra él a nuestros soldados, se limitará a convertirlos en otras tantas hormigas y eso sería, sencillamente, espantoso.

—Pues haremos una proclama diciendo que si alguien es capaz de recuperar nuestros objetos mágicos, le daremos, como recompensa, una talega de oro, un palacio muy hermoso y una invitación permanente a todas nuestras fiestas y reuniones—dijo el Rey.

Así se hizo y, en breve, todos los geniecillos, duendecillos, hadas y gnomos hablaban, muy excitados, entre sí, acerca de cómo podrían quitar los tres objetos mágicos al geniecillo Grilón.

Primero probó un belfo, pero el pobrecillo vióse convertido en rana, de modo que el Rey tuvo que hacer grandes esfuerzos para encontrar el conjuro que le devolviera su forma verdadera. Después, probaron dos gnomos y fueron metamorfoseados en tijeretas. Asustados, acudieron a presencia del Rey, quien tuvo que pagar veinte monedas de oro a un mago, para que recobrasen su figura.

Luego ya nadie más se atrevió a intentar la aventura, porque todos estaban asustadísimos. Un día llegaron, errantes, al País de las Hadas dos duendecillos llamados Him y Hum. En cuanto se enteraron de la proclama del Rey se miraron mutuamente, muy satisfechos.



—OS LLEVARÉ A MI MUJER—DIJO GRILÓN

—Recobramos esos objetos—se dijeron.

Him y Hum no cruzaron otra palabra, pero se dirigieron a la vera de un seto iluminado por el sol, con objeto de ponerse de acuerdo acerca de la manera de penetrar en casa de Grilón.

—Toda la vida hemos sido pobres y miserables—dijo Him.—Y nunca se nos ha ofrecido la oportunidad de enriquecernos o de tener trajes y zapatos elegantes. Nunca, tampoco, hemos asistido a ninguna fiesta o reunión, a causa de lo astroso de nuestra ropa. ¡Qué bonito sería tener una buena talega de oro y vivir en un palacio, situado en lo alto de una colina! ¿Y qué te parece de la posibilidad de asistir a todos los festejos del palacio real? ¡Qué buena vida sería la nuestra!

—Bueno, ¿y cómo nos apoderaremos de esos objetos?—preguntó Hum.—¿No te parece que deberíamos formar un plan?

Ambos se sumieron en sus reflexiones y, por fin, llegaron a la conclusión de que no servía de nada hacer planes. Lo mejor sería observar con el mayor cuidado

y fijar su línea de conducta, de acuerdo con las circunstancias.

Aquella misma noche penetraron en el jardín de Grilón y observaron el interior de la casa por una de las rendijas de la ventana de la cocina.

—Mira—observó Him.—En la mesa se ve la lámpara mágica.

—Y las tijeras mágicas se hallan en el cesto de la costura—añadió Hum.—¿Dónde estará el bastón mágico?

—Allí lo veo, apoyado en aquel rincón—murmuró Him.—¡Oh!

No era de extrañar que profiriese tal exclamación, porque en aquel instante se sintió agarrado por alguien. Era Grilón, que, en un momento, se apoderó de los duendecillos, quienes se quedaron asustadísimos.

—¡Caramba!—exclamó con ruda voz.—¿Qué hacéis espiando de esta manera? ¿Acaso no estáis enterados de que, si me da la gana, puedo convertir a la gente en ranas o en tijeretas?

—¡Oh, por favor, no hagáis eso!—rogó Him, muy asustado.—Precisamente estábamos diciéndonos que tenéis una cocina muy linda y cómoda, y nos preguntábamos si necesitaríais algún criado.

—Quizá mi mujer podrá utilizaros—contestó Grilón.—Voy a llevaros a su lado y ella verá si os necesita. Pero si no os quiere, vais a servirme de cena.

Llevó a los temblorosos duendecillos a la cocina y los empujó hacia donde estaba su mujer, quien los miró a través de sus gruesos lentes.

—Sí, me serán muy útiles—dijo a Grilón.—Me los quedaré como criados.

—Bueno, ya sabes que si llegas a cansarte de ellos, los asaré para cenar—dijo Grilón.—Y acuérdate, mujer, de la conveniencia de no dejarlos escapar. Estoy



EL REY SE ALEGRÓ SOBREMNERA DE RECOBRAR
SU LÁMPARA MÁGICA

seguro de que, si tienen oportunidad, emprenderán la fuga. No los dejes salir de la cocina.

—Muy bien, marido mío—contestó la señora Grilón, que luego se volvió a los duendecillos.—Ahora, vosotros, llenad un cubo de agua caliente del grifo de la cocina y empezad a fregar el suelo—ordenó.

Grilón salió de la cocina dando un portazo. Hum e Him se dirigieron al grifo, llenaron un cubo de agua y como sólo estaba tibia, Him miró al fuego.

—Dispensadme, señora—dijo a la señora Grilón. —Esta agua no está bastante caliente para fregar bien el suelo. Sin duda se está apagando el fuego y por esta razón se ha enfriado algo el agua. ¿Queréis que le añada leña?

—¡Caramba! Me parece que ya no queda en la leñera—exclamó ella, muy apurada.—Esta mañana quería rogar a mi marido que fuese a cortar leña para mí, pero me olvidé. Y ahora, si se lo pido, se enojará mucho, porque no le gusta ir al depósito que hay fuera cuando ya ha anochecido.

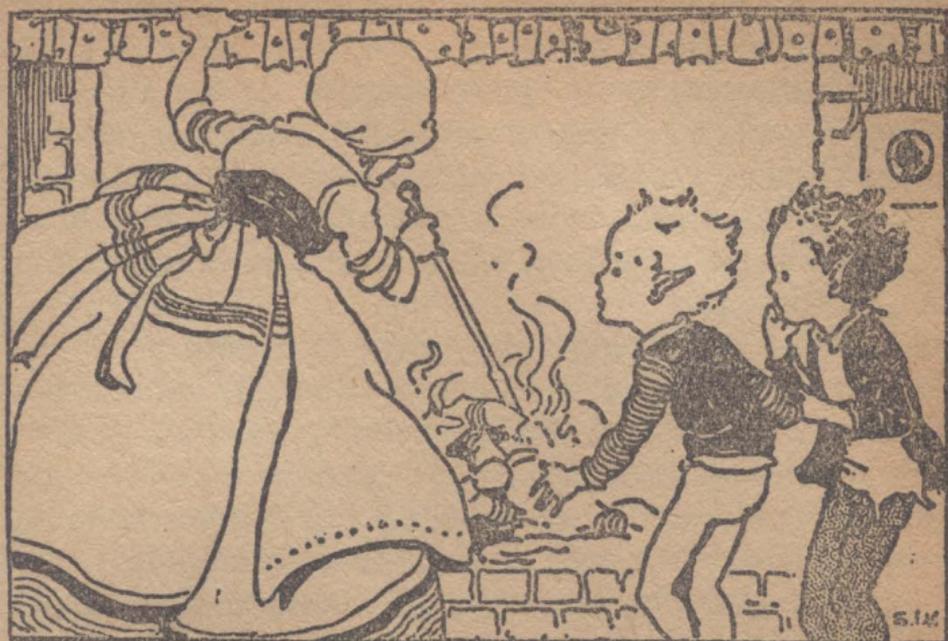
—Entonces, señora, iré yo—dijo Him.—¿No soy vuestro criado?

—Desde luego —contestó la señora Grilón. — Bueno, sal, parte un poco de leña y no tardes.

Him hizo un guiño a su compañero y salió. Desde luego no fué a la leñera, sino que se ocultó más allá de la puerta exterior. En breve la señora Grilón se impacientó, preguntándose qué estaba haciendo Him.

—¡Maldito sea!—exclamó.—Tendré que salir para ver si se ha extraviado en el jardín.

—Si queréis, señora, iré yo a buscarlo—dijo Hum.—No salgáis en la obscuridad. Prestadme esa lámpara y no tardaré en encontrarlo.



LOS DUENDECILLOS VIERON CÓMO ATIZABA EL FUEGO

—Bueno, tómala y no tardes—dijo la señora Grilón. Encendió la lámpara y Hum la tomó.

Salió al jardín, apagó la lámpara de un soplo y se dirigió a la puerta exterior. Allí encontró a Him y ambos echaron a correr con toda la velocidad que les permitían sus piernas, sumamente alegres al ver el éxito que había tenido su astucia.

El Rey se alegró sobremanera al recobrar su lámpara mágica y dirigió innumerables alabanzas a los dos duendecillos, que habían sido capaces de engañar al astuto ladrón.

—Si sois capaces de recobrar los otros dos objetos, me consideraré feliz—le dijo la Reina.

A la noche siguiente, Him y Hum se encaminaron

nuevamente a casa de Grilón, dispuestos a penetrar en ella por la ventana, en cuanto el dueño de la casa se hubiese acostado, a fin de apoderarse de las tijeras y del bastón mágico. Pero el geniecillo estaba al acecho, aguardándolos, y en cuanto los vió se arrojó contra ellos.

—¡Ah!—exclamó.—Ahora os tengo otra vez, y os aseguro que no os soltaré. Mañana por la noche vais a servirme de cena.

Arrastró a los duendecillos hasta la cocina y los encerró en la caja de la leña, con la intención de dejarlos allí toda la noche. Los dos desdichados se dieron cuenta de que no podrían salir y empezaron a temblar de miedo, persuadidos de su próximo fin. Por la mañana, la señora Grilón, los sacó y los miró atentamente.

—Sois muy malos, por no haber vuelto anoche, cuando os mandé al jardín—dijo.—Ahora no tengo más remedio que coceros para la cena de mi marido, en vez de teneros como criados.

Los duendecillos vieron cómo ella atizaba el fuego y aumentó su temblor. Entonces Him habló, diciendo:

—Supongo, señora, que tendréis una provisión suficiente de hojas de piquilin para cocernos, pues, como ya sabéis, si se nos cuece olvidando esta precaución, nuestra carne es capaz de envenenar a cualquiera.

—¡Dios mío!—exclamó asustada la señora Grilón.—No, no sabía eso. Pero, en fin, con toda seguridad tengo esas hojas en mi jardín. Iré a recogerlas.

—Permitidme que vaya yo a encargarme de eso—dijo Him.—Vos tenéis ya mucho que hacer preparando la cena.

—Bueno, ve—dijo la señora Grilón, dándole una fuente.—Pero procura no alejarte de esa ventana, porque si vuelves a escaparte, mi marido se pondrá furioso.

Him tomó la fuente, hizo un guiño a Hum y salió al

jardín, hacia el extremo en que crecía la planta indicada. Empezó a arrancar algunas hojas, aunque dando a entender con sus movimientos que le costaba mucho. La señora Grilón se impacientó y desde la ventana lo llamó.

—Date prisa. Estoy esperando estas hojas. ¡Pues no tardas poco en arrancarlas!

—Tengo que hacer grandes esfuerzos para ello, señora—contestó Him volviéndose a la ventana de la cocina.—¿No podríais mandarme a mi compañero con unas buenas tijeras? De este modo cortaría fácilmente las hojas y en pocos momentos habría terminado la operación.

La señora Grilón se dirigió a su cesto de costura, tomó las tijeras mágicas y las dió a Hum ordenándole que las llevase a su compañero y que volviese inmediatamente, a fin de ayudarle a pelar unas papas. Hum salió al jardín y en cuanto lo vió llegar su compañero, echó a correr hacia la puerta y luego, sendero abajo, seguido por Him.

¡Cuánto se alegraron al verse nuevamente libres y en posesión de las tijeras mágicas! Se apresuraron a llevarlas al Rey, quien se puso muy contento.

—Sois muy listos—les dijo.—Y si conseguís apoderaros de mi bastón mágico, ya no tendré nada que desear.

Pero los dos duendecillos no se atrevieron en muchos días, a acercarse siquiera a casa de Grilón, porque estaban persuadidos de que debía de estar aguardándolos. Pero, finalmente, y cuando ya hubieron transcurrido diez días, Him y Hum se encaminaron de nuevo a casa del geniecillo y aquella vez se dirigieron a la parte posterior de la vivienda. Pero los vió la señora Grilón y, acto seguido, se apoderó de ellos y los metió en la cocina.

—¿De modo que habéis vuelto?—exclamó.—Bueno, la última vez conseguisteis escaparos, llevándoos las ti-

jas mágicas y antes me quitasteis la lámpara mágica, pero ahora os aseguro que no podréis huir. El señor Grilón me ha dado una paliza por culpa vuestra, pero al ver que os he atrapado, tendrá una alegría extraordinaria.

—¿Dónde está Grilón?—preguntó Him, mirando a su alrededor.

—Ha ido a visitar a su amigo el señor Turón—contestó la señora Grilón.—Pero no te impacientes, porque no tardará. Te lo aseguro, y no me extrañará nada que os coma esta misma noche.

Him y Hum estaban asustadísimos. Tenían la absoluta certeza de que aquella vez serían devorados y, en vano, buscaron un medio de escapar.

La señora Grilón se sentó a coser y durante un buen rato reinó absoluto silencio en la cocina. Luego el reloj dió las nueve y la señora Grilón levantó los ojos, asombrada.

—¡Dios mío, cuánto tarda Grilón!—exclamó.—Espero que no se habrá extraviado en esta noche tan oscura.

—¿Queréis que salga a ver si lo encuentro?—preguntó Him.

—De ninguna manera—contestó secamente la señora Grilón.

—Por lo menos, señora, permitidme que me asome a la puerta delantera, para ver si viene—dijo Him.—Ya podéis comprender que no me escaparé de este modo. Pero como tengo muy buena vista, veo a gran distancia y podré deciros si vuestro marido está cerca o no.

—Bueno—dijo la señora Grilón.—Pero acuérdate de que si te atreves siquiera a poner un pie más allá del umbral, te meto dentro otra vez y te arrojo de cabeza a esa olla.

Him hizo un guiño a su compañero y se dirigió a la



LOS DUENDECILLOS ECHARON A CORRER

puerta para abrirla. Quedóse en el umbral y miró a un lado ya otro. De pronto dió un grito.

— ¡Ladrones! — exclamó. — ¡Mirad, ladrones! ¿No hay por ahí ningún garrote? ¡Oh, dadme un garrote para perseguirlos!

La señora Grilón se echó a temblar. Luego tomó el bastón mágico, que estaba en un rincón y lo dió a Hum, quien, a su vez, lo llevó a su compañero.

Era evidente que se acercaba alguien por el sendero y la señora Grilón no tuvo la menor duda de que serían ladrones, de modo que empezó a gritar.

— ¡Arriba, bastón! ¡A él! — ordenó Him.

En el acto saltó de su mano y se arrojó contra la persona que venía por el sendero. Le dió una paliza horrorosa y la dejó tumbada en el suelo, en tanto que la pobre víctima aullaba de dolor.

— No soy ningún ladrón, sino el geniecillo Grilón. ¡Oh, llama al bastón! Llámalo, te aseguro que soy Grilón.

Pero Him y Hum gritaban con tanto vigor, que la señora Grilón no pudo enterarse de que aquél era su ma-



SE CASARON CON UNAS JÓVENES MUY LINDAS

rído y no un ladrón. Por consiguiente, se ocultó en un rincón y ni siquiera se le ocurrió la idea de llamar al bastón.

Him y Hum se alejaron corriendo hacia la puerta posterior y luego por el sendero, riéndose al pensar en la terrible paliza que recibía el geniecillo.

Luego Him se puso las manos en torno de la boca y gritó:

—¡Bastón, bastón, ven hacia acá!

El bastón dejó de golpear a Grilón y, a través del aire, fué a situarse en la mano de Him.

Los dos duendecillos echaron a correr a toda prisa, y el geniecillo estaba tan dolorido por la paliza recibida, que no pudo perseguirlos, sino que, renqueando y casi incapaz de sostenerse en pie, se dirigió a la cocina y se dejó caer en un sillón.

¡Qué contentos se pusieron los reyes al recobrar el bastón mágico!

—Con toda seguridad sois los duendecillos más listos del reino—exclamó el Rey.—Bueno, recibiréis la talega de oro, os regalaré un palacio y, desde ahora, estáis invitados a todas las reuniones y fiestas que dé la Reina, y muchas gracias por lo que habéis hecho.

Entonces, muy contentos, los dos duendecillos recibieron la talega de oro y fueron a vivir al palacio que les regalaba el Rey. Compráronse unos trajes estupendos, casáronse con unas muchachas lindísimas y, en adelante, vivieron muy felices en su nueva morada. De acuerdo con la promesa recibida, asistieron a todas las fiestas del palacio real, mas, a pesar de la frecuencia con que aceptaban tales invitaciones, no llegaron a cansarse de aquellos festejos.

En cuanto a Grilón, se quedó tan avergonzado de los repetidos engaños de los dos duendecillos, que reunió todas sus cosas y, en compañía de su mujer, desapareció, sin que nadie supiera adónde había ido y sin que tampoco le importase a nadie.

EL CANARIO Y LOS JUGUETES

Pedro recibió como regalo, el día de su santo, un canario amarillo en su jaula dorada. El niño le daba de comer todos los días y cuidaba de ponerle agua limpia. Le llamó Dorado, y le tenía mucho afecto.

Una tarde acababa de poner agua en la jaula de Dorado para que se bañara, cuando oyó en la planta baja la voz de su tío.

—Será el tío Jaime—exclamó.—Voy a verle.

En efecto, salió corriendo y, sin darse cuenta, dejó abierta la puerta de la jaula. Dorado se asomó y miró a un lado y a otro, muy sorprendido.

—Me parece conveniente salir un poco para ver cómo es el mundo fuera de mi jaula—trinó.

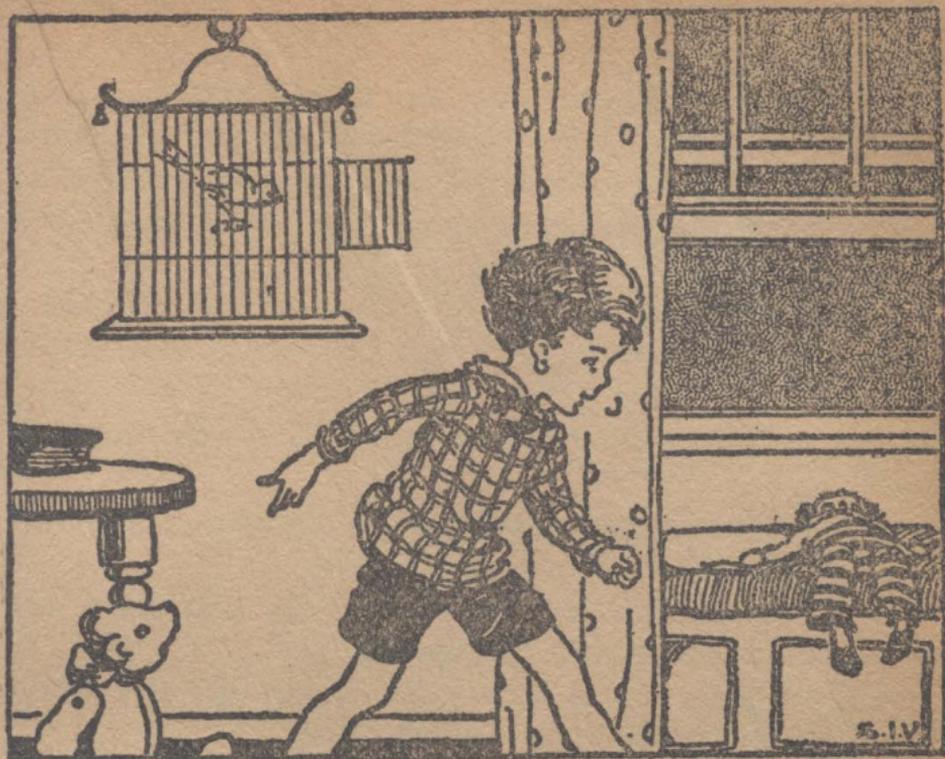
Y todos los juguetes, que había en la estancia, levantaron los ojos al oír tales palabras.

—Por Dios, no salgas—le avisó el osito.—Cuando menos lo pienses puede presentarse el gato Goloso y si te viese se arrojaría sobre ti.

—¿Qué me importa a mí el gato?—exclamó el tonto pajarillo, figurándose que los gatos no se comían a los pájaros.—Si aparece Goloso, revolotearé por delante de él y le daré un susto.

—No seas tonto—le aconsejó el fantoche.—Sacará sus garras y te agarrá en un abrir y cerrar de ojos. Y te aseguro que lo pasarías mal. Quédate en la jaula, como un pájaro juicioso, y espera que venga Pedro. No sabes el disgusto que tendría si te devorase el gato.

Pero Dorado no quiso hacer caso. Asomó su dorada



PEDRO OLVIDÓ CERRAR LA PUERTA DE LA JAULA

cabecita y miró a su alrededor. Luego extendió las alas y, volando, fué a posarse sobre la mesa. Todos los juguetes le miraban horrorizados.

—Eres un pajarillo tonto—le dijo el caballo de madera.—Vuelve inmediatamente a la jaula.

—Tú contesta cuando te pregunten—replicó el canario con la mayor grosería.

—¡Escucha!—exclamó el osito.—Oigo la voz de Goloso.

En efecto, los juguetes oían a corta distancia el maullido del gato, pero Dorado se limitó a menear la cabeza.

—¡Vaya ruido que hacéis por un gato!—exclamó.—

¿Por qué no canta con igual maestría que yo, en vez de hacer este ruido espantoso?

Los juguetes empezaron a hablar en voz baja. Sabían cuál sería el disgusto de Pedro al ver que el canario había salido de su jaula y al enterarse de que Goloso lo había devorado. Nunca se perdonaría por haber dejado la puerta abierta.

—¿Qué podemos hacer?—murmuró la muñeca habladora.—¿No podríamos lograr que Dorado se metiese en su jaula?

—No quiere — contestó el fantoche. — Es muy testarudo.

—¿Y no podríamos protegerlo de algún modo?—preguntó el caballo de madera.

—En este cuarto no hay manera de guardarse del gato—dijo la locomotora de cuerda.

—¿Y en casa de las muñecas?—preguntó el cordero de lana.—¿No podríamos meterlo ahí?

—¡Buena idea!—replicaron los juguetes.

Luego pusieron los soldados de centinela ante la puerta, para el caso de que llegase el gato y, mientras tanto, los demás juguetes se esforzarían en hacer entrar al canario en la casa de juguetes. Tenía la puerta abierta, y en caso de que lograsen hacerlo entrar, lo encerrarían en ella para ponerlo a salvo.

Los soldados de madera se dirigieron hacia la puerta, a fin de vigilar al gato, que seguía maullando. Mientras tanto, el canario revoloteaba por el cuarto y piaba alegremente.

—Esta habitación es muy rara—dijo.—¿Dónde vivís todos vosotros? ¿En ese armario?

—Sí—contestó el fantoche. — Aquí hay sitio para todos.

—Pues me parece un lugar horrible—dijo el canario



—LAS MUÑECAS TIENEN UNA CASITA PRECIOSA—
DIJO EL OSITO

mirando al interior del armario.—No quisiera vivir aquí.

—Las muñecas tienen una casita preciosa—dijo el osito.—Ve a verla. Mira, tiene ventanas y puertas, como una casa de verdad y también chimeneas, y por dentro es magnífica. Tiene cocina, una sala muy bonita y tres dormitorios, con camas y todo lo demás. Las muñecas están orgullosas de su casa.

El canario fué a examinar la casa y le pareció muy bonita. Mientras tanto los soldados señalaron la aproximación del gato y se miraron muy alarmados.

—¿Quieres entrar en la casa para visitarla?—dijo una de las muñecas.—Te enseñaré todo lo que contiene. Hay un gramófono pequeñito, que toca en cuanto se le da cuerda. ¿Te gustará oírlo?

—¿Canta mejor que yo?—preguntó el canario.

—Entra y lo verás—contestó la muñeca, en el momento en que los soldados de madera empezaban a temblar, viendo que se aproximaba el gato.

Le apuntaron con sus fusiles, pero Goloso no les hizo caso.

Dorado asomó la cabeza por la puerta y en aquel momento lo vió el gato, que se acurrucó, dispuesto a saltar contra él. Con la rapidez del rayo, el fantoche dió un empujón al canario y luego cerró la puerta de la casa de muñecas. El gato saltó demasiado tarde y, muy enojado, miró a los juguetes, diciendo:

—Me voy a poner de guardia ante esta puerta, hasta que salga el canario.

Dorado se enojó mucho al sentir el empujón y quiso abrir la puerta para salir, pero no lo consiguió, porque estaba cerrada con llave. Luego miró a través de una ventana para reconvenir a los juguetes, pero entonces vió al gato que le dirigía una mirada hambrienta y se asustó en extremo.



EL CANARIO SALTÓ A LA MANO DEL NIÑO

—¡Qué tonto he sido!—pensó.—Los juguetes tenían razón. Gracias a Dios han sido bondadosos conmigo y me han encerrado.

Goloso permaneció largo rato de guardia ante la casa de muñecas, esperando la salida del canario. Por fin perdió la paciencia y empezó a arañar la casa, con objeto de destrozarla y apoderarse del canario.

Los juguetes se miraban muy alarmados, pero, de pronto, Pedro entró corriendo en la habitación. Vió abierta la puerta de la jaula y, con la mirada, buscó al canario.

—¿Acaso te has comido a Dorado?—exclamó, muy triste, dirigiéndose al gato.—¡Dios mío! ¡Qué imprudente

he sido al dejar la puerta de la jaula abierta! Ahora vete, Goloso. Eres un gato muy malo.

Goloso huyó. Entonces Dorado asomó la cabeza por una de las ventanitas y dió un trino. El niño, sorprendido, miró a su alrededor, pero, de momento, no pudo ver al pajarillo. Al fin, fijándose mejor, distinguió su cabecita a través de una ventana y, pasado su primer momento de alegría, se extrañó muchísimo al ver al canario dentro de la casa de muñecas, porque la puerta estaba muy bien cerrada y el pájaro no habría podido pasar a través de una ventana.

Luego abrió la puerta de la casa de muñecas y el canario salió y saltó a la mano del niño, quien, con el mayor cuidado, la volvió a la jaula y cerró muy bien la portezuela.

Cuando la mamá del niño fué a recogerlo, porque ya era hora de acostarse, Pedro le dió cuenta de lo ocurrido y ante la imposibilidad de que el canario hubiese entrado por una ventana en la casa de muñecas, expresó su creencia de que los juguetes lo hubiesen metido allá.

—Eso es imposible, querido Pedro—exclamó la buena señora.

Pero, como ya sabemos, estaba equivocada.

JK

EL DUENDECILLO DE LA CHIMENEA

Había una vez un duendecillo malicioso, llamado Perrín. No tenía alas, pero, en cambio, se encaramaba muy bien. Le gustaba mucho subir a los tejados de las casas, para aplicar el oído a las chimeneas y oír a la gente que conversaba junto al hogar. Sus voces llegaban perfectamente hasta él y Perrín se enteraba, así, de muchas cosas.

Como es natural, todos se enojaban mucho al descubrir que Perrín iba divulgando sus asuntos.

—Yo me proponía dar una agradable sorpresa a los invitados que esperaba—dijo el duendecillo Gobón. —Quería preparar un buen árbol de Navidad, pero Perrín lo oyó, escuchando por la chimenea, y cuando llegaron mis invitados, estaban ya enterados de mi intención y, como se comprende, nadie se sorprendió.

—Pues yo quería regalar un pastel de chocolate a mi tía, el día de su cumpleaños—dijo Chirrín.—Pero ella no tuvo ninguna sorpresa al recibir el regalo, porque ya Perrín se lo había anunciado.

—Ese duendecillo es insoportable—decían todos. —¿No podríamos impedir que continuara con su mala costumbre?

Le rogaron que se abstuviera de escuchar por las chimeneas, pero él se rió por toda respuesta. Le amenazaron con darle una buena zurra, pero era tan ágil, que nadie pudo alcanzarlo. Probaron también de hablar en voz muy baja, cuando trataban de algo reservado, pero Perrín tenía un oído finísimo y no le costaba nada enterarse de las conversaciones.



PERRÍN SE ENTERABA ASÍ DE MUCHAS COSAS

Cierto día la chimenea de la señora Faldaazul empezó a tirar mal y el humo invadió la cocina, de modo que la buena mujer empezó a toser.

—¡Dios mío!—exclamó. — Será preciso limpiar esa chimenea. ¡Eso es espantoso!

Y, sin tardanza, hizo llamar al señor Deshollinador, quien prometió ir al día siguiente.

Ahora bien, el señor Deshollinador tuvo tanto trabajo al día siguiente, que llegó muy tarde a casa de la señora Faldaazul. Había obscurecido ya y en la duda de si la buena mujer quería aguardar un día más, llamó a la puerta para preguntárselo.

—No, no—contestó ella.—Entre a limpiar inmediatamente la chimenea. Todo está dispuesto.

El deshollinador entró en la cocina, armado de sus cepillos.

Cuando la señora Faldaazul cerró la puerta, Perrín lo



H.M.G.

EMPUJÓ VIOLENTAMENTE A PERRÍN, LANZÁNDOLO
AL AIRE

observó de lejos, y como había visto entrar a alguien en la casa, quiso enterarse de quién era.

—Me parece—pensó—que será el mago señor Sábelotodo. Y si es así, eso indica que la señora Faldaazul quiere dar una reunión y desea que el señor Sábelotodo le prepare algo de magia. Voy a enterarme de ese secreto.

Con la mayor agilidad se encaramó al tejado y acercó la oreja a la chimenea de la cocina. Al principio no pudo oír cosa alguna.

—De esta chimenea no sale humo—pensó Perrín extrañado.—Y eso es raro, porque la señora Faldaazul suele tener siempre fuego encendido.

De nuevo aplicó el oído a la chimenea y pudo notar un roce extraño.

—Parece como si hubiese algo en la chimenea—pensó.—¿Qué será?

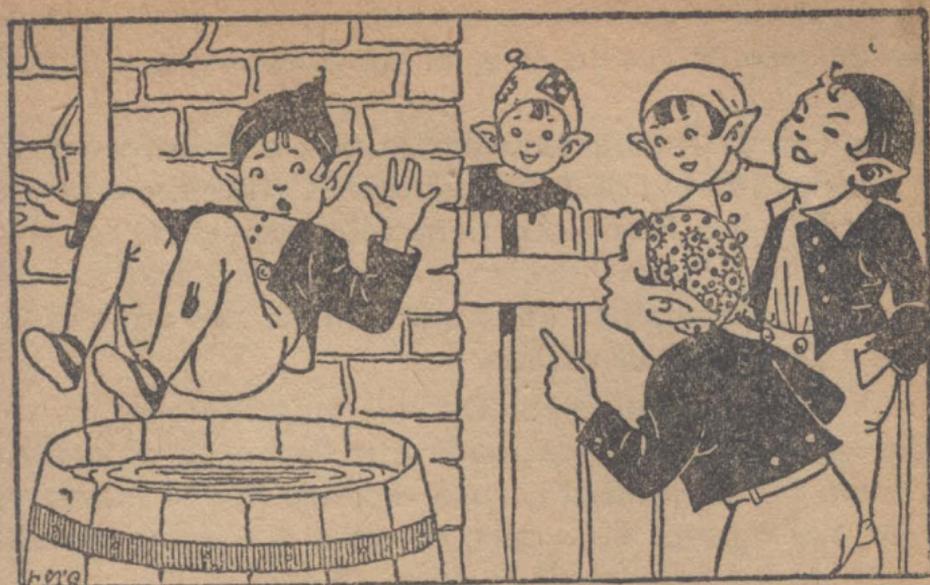
Volvió a escuchar, ignorando que el deshollinador había empezado su tarea.

—¿Será algo de magia que lleva a cabo el señor Sábelotodo? ¡Qué sorpresa voy a darle! Me sentaré encima de la chimenea y así su magia no podrá salir.

De un salto se sentó sobre la chimenea, en el mismo instante en que iba a salir el cepillo del deshollinador. Empujó violentamente a Perrín, lanzándolo al aire y, al caer, se agarró, asustado, al cepillo.

El señor Deshollinador ignoraba que Perrín se hubiese agarrado a su instrumento. Sintió algo pesado, pero se figuró que sería un ladrillo u otra cosa por el estilo. Por consiguiente, empujó con mayor fuerza. Mientras tanto, Perrín continuaba agarrado y lleno de miedo.

—Esa es la magia—sollozó.—¿Qué haré, pobre de mí? En vista del peso que sentía en el cepillo, el señor



CAYÓ EN EL CUBO DE AGUA

Deshollinador puso otro palo en la parte inferior y dió un nuevo empujón.

—¡Qué alta es la chimenea de usted!—dijo sorprendido a la dueña de la casa.—Al parecer, hay un ladrillo en lo alto del cepillo, pero no puedo echarlo a un lado.

—¡Oh!—exclamaba mientras tanto Perrín, cada vez más asustado.—Si esto sigue así, voy a llegar a la luna. ¡Socorro, socorro!

La señora Faldaazul oyó sus gritos y aunque se figuró que sería un gato, salió a verlo. ¡Qué sorprendida se quedó al presenciar aquel espectáculo! A la luz de la luna vió a Perrín agarrado al extremo del cepillo, que sobresalía ya más de dos metros por encima de la chimenea.

—¡Dios mío! Es Perrín—exclamó la buena mujer, muy asombrada.—¡Venid, venid todos! ¡Mirad lo que sucede!

Inmediatamente los duendecillos, las hadas y los gnomos salieron de sus casas y, al ver a Perrín, se echaron a reír.

—Sin duda estaba escuchando por la chimenea y le ha sorprendido el cepillo—exclamaron entusiasmados.—Mirad, mirad a Perrín. Lo tiene muy merecido.

Perrín oyó lo que decían y comprendió entonces lo sucedido. Se avergonzó en extremo al ver que era motivo de risa para todo el mundo.

Mientras tanto el señor Deshollinador hizo bajar rápidamente su cepillo, de modo que Perrín chocó contra el borde de la chimenea, cayó rodando por el tejado y, al fin, fué a parar a un cubo de agua que había al lado de una de las paredes de la casa.

Aquel accidente, más cómico que trágico, hizo estallar la hilaridad general, y cuando Perrín salió mojado y sucio del barril de agua, se apresuró a emprender la fuga, jurándose que nunca más volvería a ser curioso.

Y, en efecto, cumplió su palabra.

JK

LA BROMA DE PEPÍN

Pepín era un geniecillo que recorría la comarca vendiendo juegos de dominó. Los fabricaba él mismo y luego pintaba los puntitos negros en las fichas. Vendía muchos, porque eran baratos y bonitos y los dueñecillos y elfos eran muy aficionados a este juego. Pepín se enorgullecía de sus dominós y siempre silbaba alegremente.

Un día llegó a una hermosa casa y llamó a la puerta para ver si podía vender algún dominó. Se asomó un viejo gnomo y meneó la cabeza, diciendo:

—No, ya tenemos, gracias.

—Pero mis dominós son muy bonitos—exclamó Pepín.—Enseñádselos a vuestro amo y rogadle que los vea.

—No me atrevería nunca a molestarle—contestó enfadado el gnomo.—Vete.

—Pero, miradlos—insistió Pepín poniéndole una caja de dominó bajo la nariz.—¿No os parecen muy bonitos?

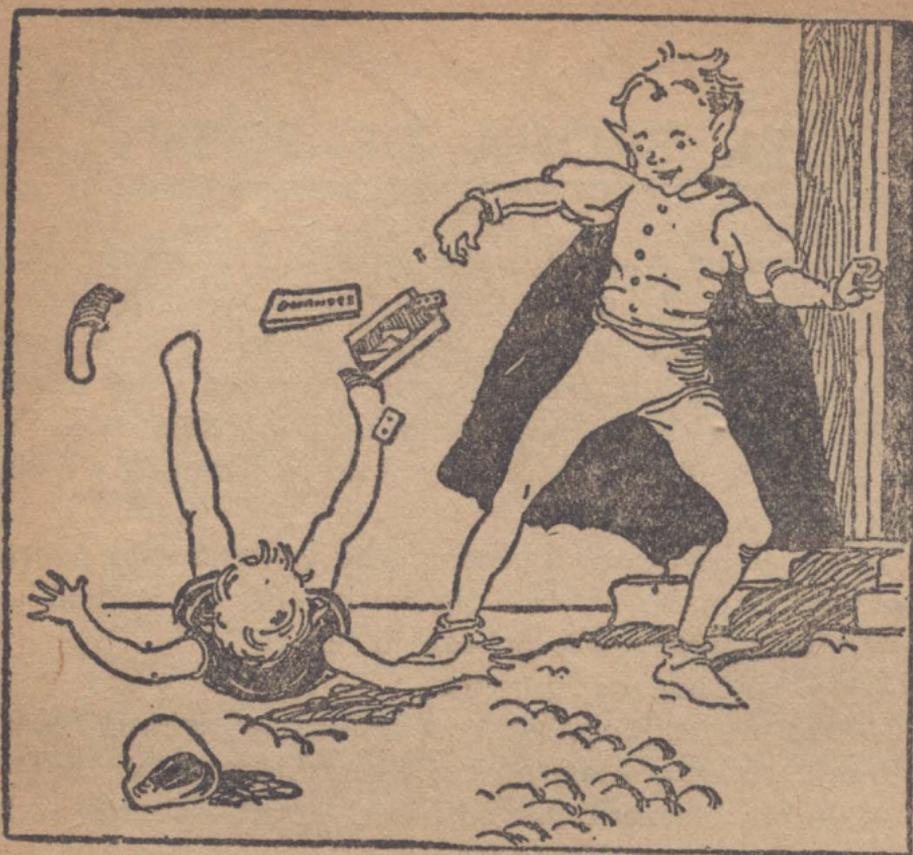
—No. Los encuentro muy feos. Vete en seguida.

Y dió un empujón a Pepín. Éste resbaló y se cayó. Sus dominós se diseminaron por el suelo y él se enojó sobremanera. El gnomo se rió y cerró de un portazo.

—Bueno, bueno—dijo Pepín rabioso,—ya me vengaré, maldito gnomo.

Recogió sus dominós y se marchó. Dió la vuelta en torno de la casa y se asomó al jardín. Vió allí muchas gallinas blancas y sonrió maliciosamente.

En un momento saltó el seto y, una tras otra, agarró las gallinas. Tomó su pincel, lo metió en el pote de pin-



DIÓ UN EMPUJÓN A PEPÍN, QUE SE CAYÓ AL SUELO

tura negra y a cada una de las gallinas le pintó numerosos puntos negros. ¡Qué aspecto tan raro tenían!

—¡Ja! ¡ja!—exclamó riéndose.—¿De modo que no quieres comprarme un dominó, señor gnomo? Pues ahora te he convertido las gallinas en fichas de dominó. ¡Qué sorpresa tendrás!

Cuando menos lo esperaba, una mano vigorosa agarró a Pepín, quien se volvió a sustado. Y aun aumentó su pánico al darse cuenta de que le había agarrado el mismo Rey del País de las Hadas.



LA MARIQUITA SE HIZO PINTAR UNOS PUNTOS NEGROS EN SU ESPALDA

—¿Qué has hecho con mis gallinas?—preguntó con acento severo.

—Dispéñseme Vuestra Majestad—tartamudeó Pepín.
—Pero ignoraba que os perteneciesen.

—Esta es una de mis casas de campo, y en compañía de la Reina he venido a pasar unos días—explicó el Rey, sin abandonar su severo acento.—Estas gallinas son mías. ¿Por qué les has pintado esos puntos negros?

—El caso es... señor...—replicó Pepín,—que me dedico a vender dominós. Vine a preguntar si querían comprarme un juego, pero el gnomo me recibió muy mal.

—¿Y por eso has pintado las gallinas?—replicó el Rey.—Pues sabe que son mías. ¿Cómo te has atrevido a tratar así a los pobres animales? ¿Qué mal te han hecho?

—Ninguno, Majestad—contestó Pepín con voz sollozante.

—Bueno, eso merece un castigo—contestó el Rey.—¿Qué prefieres, que te entregue al gnomo para que te dé una zorra o bien te expulse al país de los niños?

—No quiero que me den una zorra—contestó Pepín, recordando el mal carácter del gnomo.—Me marcharé ahora mismo, señor, y nunca más cometeré una falta semejante.

Así, pues, se marchó presuroso y no se detuvo hasta llegar a las puertas del País de los Niños. Pero pronto pudo darse cuenta de que nadie quería comprar sus dominós, porque abundaban las tiendas de juguetes, en donde los vendían muy baratos, de modo que, muy en breve, tuvo que abandonar aquel oficio y preguntarse qué podría hacer para ganarse la vida.

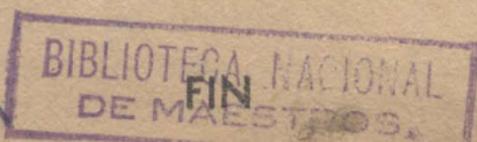
Un día vió a una mariquita roja que corría por el suelo y la llamó:

—Oye, mariquita. ¿Quieres que te embellezca el lomo? Te pintaré unos puntos negros, estarás muy elegante y tus compañeras te envidiarán.

La mariquita consintió y al poco rato se marchó muy complacida de la operación.

No tardaron en acudir otras mariquitas para hacerse pintar cinco o siete puntos negros, de modo que como la clientela aumentaba por momentos, Pepín volvió a ser feliz.

En cuanto a las mariquitas rojas a las que pinta puntos negros, podemos verlas por el campo. Todo el mundo las conoce. Quizá hasta ahora ignorabais el origen de sus puntos negros. Pero ya lo sabéis.



Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadrados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.



**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

En preparación:

**CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN**

**CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**

**Precio de cada tomo:
\$ 2.30**

Gorostiaga. 1650



Buenos Aires